

QUÉ Y CÓMO PSICOANALIZAR (II)

Contratransferencia y proceso terciario.

Dr. Gustavo L. Chiozza.

CONTRATRANSFERENCIA:

Así como al hablar de la transferencia distinguimos tres momentos de la técnica, los analistas fijados en la primer época de Freud, Klein y Chiozza; al hablar de la contratransferencia también mencionaremos tres momentos evolutivos, Freud, Racker y Chiozza.

A) El concepto de contratransferencia en Freud:

El significado de “contra” y la traducción de López Ballesteros como transferencias recíprocas.

El sentido de peligro y la necesidad de vencerla a través del análisis didáctico.

B) Racker y la contratransferencia como instrumento:

Instrumento para comprender al paciente: El arpa que vibra por simpatía.

Racker, en oposición a aquellos que interpretan que la contratransferencia es un peligro que amenaza interferir “neuróticamente” en la “objetiva” comprensión del paciente, **considera a la contratransferencia como un instrumento para comprender al paciente**. Es esta, quizá, su mayor contribución a la teoría de la técnica psicoanalítica.

Siguiendo el concepto de que “solo lo igual, conoce lo igual”, afirma que, así como las cuerdas de un arpa vibran por simpatía, la respuesta emocional del analista permitirá comprender la situación emocional del paciente.

(Historia de los monjes y los peces. Lorenz y la humanización del comportamiento animal.)

El concepto de objetividad en Racker: desdoblarse en una parte subjetiva y otra objetiva.

En sus *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Racker (1959) sostiene que “la objetividad del analista consiste, principalmente, en una determinada posición tomada frente a la propia subjetividad, la ‘contratransferencia’. (...) La verdadera objetividad se basa en una forma de desdoblamiento interno que capacita al analista a tomarse a sí mismo (su propia subjetividad o contratransferencia) como objeto de su observación y análisis continuos” (Racker, 1953, pág. 231).

C) La contribución de Chiozza.

1. La interpretación del material como acto de contratransferencia.

Siguiendo la posición epistemológica adoptada por Chiozza, aquello que llamamos material, es una construcción del observador mediante un acto interpretativo.

Si bien parece una obviedad las consecuencias son enormes. Ya que si se acepta este pequeño principio, se deberán aceptar también las consecuencias que de él derivan.

2. La objetividad en Chiozza.

Sin restarle méritos al primer paso dado por Racker para introducir desde el psicoanálisis aquello que Heisenberg, desde la física, denomina principio de indeterminación, Racker introduce por la ventana aquello que acaba de sacar por la puerta, ya que sólo podemos observar nuestra propia subjetividad... ¡subjetivamente!; en palabras de Bateson, “¿Cómo determina la gente objetiva cuáles serán las cosas sobre las que va a ser objetiva?”.

El concepto de Chiozza, en cambio, avanza un paso más en la tarea de “desemascarar” el “ideal de objetividad”. **La contratransferencia**, en la concepción de Chiozza, **no sólo participa en la interpretación psicoanalítica del “material” producido por el paciente, sino también en la misma “construcción” de aquello que denominamos “material”. Constituye un cambio epistemológico que considera la participación del observador no sólo como inevitable, sino presente desde el mismo acto perceptivo.**

Tal vez sea necesario aclarar que cuando Chiozza sostiene que el observador participa en la construcción del “material”, **“construir” no significa para el autor “inventar”**, (como vimos al hablar de la postura epistemológica).

3. El análisis del vínculo, los puntos de urgencia compartidos: el verdadero sentido del concepto de **transferencias recíprocas**.

Según creo, esta original conceptualización del tratamiento psicoanalítico implica avanzar un paso más en el camino iniciado por Racker sobre el concepto de contratransferencia. La conceptualización que hace Racker de la contratransferencia como instrumento **crea la impresión de que analizamos “al” paciente “con” nuestra contratransferencia**. Aunque, personalmente, no creo que ese halla sido su espíritu, sus afirmaciones no permiten sostener otra cosa. De sus afirmaciones se reintroduce la impresión de que los residuos neuróticos del analistas impiden que el instrumento capte lo que al paciente “realmente” le sucede.

En el concepto de Chiozza, la contratransferencia no sólo es instrumento del análisis sino, además, objeto del mismo análisis. En tanto el proceso psicoanalítico se ocupa del vínculo entre paciente y analista, y, dado que “... cada importancia es el particular producto de la convivencia en la cual surge” (Chiozza, 1983d), este vínculo es siempre el encuentro de ambos en la coincidencia de sus puntos de urgencia, **la primitiva idea de que analizamos “al paciente” a través del “material” que este produce, se desdibuja cada vez más.**

“Creo que, cuando psicoanalizamos bien, siempre tomamos como objeto de nuestro análisis la superficie limitante que pone en contacto lo inconciente con nuestra conciencia, y que esa superficie es siempre un producto del vínculo; producto en el cual confluyen los puntos de urgencia que configuran la problemática individual del analista y de su paciente. El ‘tema’ que configura el objeto primordial de la urgencia en un determinado instante, es siempre la combinación de la significancia que atenaza, en ese momento particular, la vida de cada uno de ellos” (Chiozza, 1983d).

Tomamos, pues, de la “realidad” que se ofrece a nuestros sentidos aquello que tiene significado en función de una convivencia, es decir, aquello que, como parte integrante de un vínculo, nos importa.

Nuestro qué-hacer con el enfermo es, entonces, una metamorfosis de la “doble” interioridad médico-paciente.

4. El efecto terapéutico de la contratransferencia.

“Si la transferencia actúa ‘preverbal’ e inconcientemente sobre el analista, la contratransferencia actúa ‘preverbal’ e inconcientemente sobre el paciente, constituye el acto de **contratransferir**. Si la contratransferencia llega ‘antes’ que la interpretación verbal hablada, debe ser necesariamente el agente terapéutico por excelencia. El proceso que llamamos interpretación debe pues variar a la contratransferencia ‘antes’ que a la transferencia. (...) Si estamos de acuerdo con lo que transcribimos aquí, el analista cura con su contratransferencia ‘antes’ que con su interpretación, y por lo tanto todo aquello que pueda hacer ‘evolucionar’ esta contratransferencia es ‘el verdadero agente terapéutico’” (Chiozza, 1968c).

Este punto resignifica toda nuestra concepción del proceso terapéutico.

Resignifica la participación de la contratransferencia en la elección del material a interpretar.

La cualidad de realidad del análisis y el analista como personaje inesperado.

Un nuevo argumento (más allá de la permeabilidad) para la necesidad de un suficiente análisis didáctico.

Falsedad y autenticidad, según la coincidencia o discordancia entre lo que se contratransfiere y lo que se interpreta.

PROCESO TERCIARIO:

El primer modelo de aparato psíquico propuesto por Freud observaba dos sistemas, uno inconsciente y otro preconscious. El primer sistema tendía a la descarga procurando una identidad de percepción, mientras que el segundo tiende a imponer una demora procurando una identidad de pensamiento. Llama proceso primario a este modo de funcionamiento del sistema inconsciente, que tiende a la acción, es decir, actúa a plena cantidad. El proceso secundario, propio del sistema preconscious, actúa a pequeña cantidad, son los procesos de pensamiento. Chiozza propone un proceso terciario que procura combinar el proceso primario y el secundario, en un producto intermedio; el resultado de este proceso en términos de cantidad se traduce en la cantidad moderada a la que ya hicimos referencia al hablar de transferencia.

1. Veamos la evolución del concepto de proceso terciario:

El primer paso surgió al revalorizar el proceso primario, en el origen de la interpretación en la ocurrencia (“aparentemente absurda”) contratransferencial.

El segundo paso fue destronar al proceso secundario como único dueño de los pensamientos superiores.

Estos dos primeros pasos surgen cuando Chiozza estudia la participación del pensamiento lógico-racional en el origen de la interpretación. Sostiene que la interpretación surge por un mecanismo análogo a la formación de sueños y que el pensamiento lógico-racional, como la elaboración secundaria del sueño, actúa, al servicio de la contrarresistencia, dificultando la adecuada comprensión.

Sostiene también que, durante la formulación de la interpretación, las consideraciones lógico-racionales (tiempo, espacio, principio de no contradicción), merman la penumbra de asociaciones que hace de la interpretación un derivado “económicamente más aceptable”; en otras palabras, su capacidad de evocar asociaciones “resistidas”.

(En este punto resulta tentador pensar que aquello que llamamos “material” o “contenido manifiesto”, tiene para la interpretación el valor de un resto diurno sobre el que se transfiere (contratransfiere) la investidura. Así creemos interpretar lo que el paciente hace o dice negando que la interpretación surge de lo que sentimos en el vínculo con el paciente. También podríamos pensar que si la interpretación es un “sueño del analista”, es también un intento de elaborar la situación traumática en la que lo coloca el paciente (al intentar elaborar la propia). Por este camino podemos arribar a una descripción metapsicológica del concepto

de que el análisis se produce en la coincidencia de los puntos de urgencia de paciente y analista.)

El tercer paso en la evolución del concepto de proceso terciario fue concebir la posibilidad de una evolución del proceso secundario (como el preconciente del analista) hacia formas que no se hallen comprendidas en la polaridad racional-irracional, que a falta de otro nombre llamamos arracional.

El cuarto paso, a diferencia del tercero, no es en sentido evolutivo, sino que es integrador: ambos procesos 1º y 2º, mezclándose en un proceso que Chiozza llama terciario.

El paso más reciente considera estos procesos como abstracciones conceptuales rudimentarias, ya que no se pueden considerar el uno separado del otro. No podemos considerar la formación inconciente de sustitutos sin una participación del proceso secundario.

En *El psicoanálisis y los procesos cognitivos* Chiozza escribe: *“De modo que la actividad cognitiva, lejos de ser conceptualizada como una operación que evoluciona, simple y esquemáticamente, desde un proceso primario, primitivo, hasta el nivel “superior” de un proceso secundario, se nos aparece como un conjunto estructurado y complejo en el cual los procesos primarios y los secundarios, conteniéndose unos dentro de otros en distintos niveles de jerarquización, se interpenetran en el momento de producir cada pensamiento”.* *“Nada tiene de sorprendente que todo sustituto funcione, a la vez, como signo y como símbolo, ya que si no se confundiera, en parte, con lo sustituido, la descarga no sería suficiente, y si no se mantuviera noticia de la diferencia no habría ventaja ni razón para la sustitución. Ingresamos nuevamente, y desde otro lugar, a la idea, ya expresada, de que los procesos primarios y los secundarios funcionan, “desde un principio”, inseparablemente enlazados en todos los niveles y en todas las etapas que es dable imaginar, ya que es inconcebible que uno de ellos funcione eficazmente sin el concurso del otro”.*

Del mismo modo que Chiozza describe el proceso secundario en el sistema inconciente, podemos pensar que también el preconciente funciona en proceso primario. Por ejemplo en la elaboración secundaria del sueño, que busca dar una coherencia lógica a los elementos que surgen del trabajo del sueño, vemos que esos elementos no se los considera por su valor alusivo, simbólico, sino como elementos concretos; es decir, se realiza una ecuación simbólica, a plena cantidad.

2. Una descripción metahistórica del proceso terciario.

Aquello que metapsicológicamente llamamos cantidad medida es, desde una descripción metahistórica, es decir cualitativa, el **como sí**. El **como sí**, que también está presente en el teatro y en el juego, surge de la disminución de la carga, de lo que “va en serio”, sin que esto signifique una total reducción de

la misma, que es el proceso secundario hueco, como el pensamiento obsesivo, privado del afecto que pone el acento de la importancia.

3. La transferencia-contratransferencia como manifestación de un proceso terciario.

En el panel anterior, al hablar de transferencia vimos cómo, cuando, durante el tratamiento, la intensidad de los afectos era escasa el tratamiento perdía importancia, perdía la cualidad de lo real y presente. El paciente tiene la sensación de que habla de un pasado que ya no importa. (Es como una película que aburre por ser “demasiado” irreal.)

Puede ocurrir que el paciente continúa el tratamiento o que, como Dora, lo interrumpa bruscamente. Puede ocurrir también, como nos lo describió Freud, que el paciente abandone el interés por el pasado y lo dirija intensamente al médico. Es la neurosis de transferencia que Freud describe como si la obra de teatro fuera interrumpida por la realidad al grito de ¡Fuego!.

Vimos también los inconvenientes de la magnitud excesiva de afecto, que despierta resistencias insuperables. Esa segunda oportunidad de revivir el pasado traumático, que constituye el tratamiento analítico, se torna tan insuperable y traumática como la primera, y la repetición no deja lugar a la modificación.

La interpretación de la transferencia de manera indirecta contribuye, como ya dijimos, a mantener una cantidad mesurada y tolerable, permitiendo que el análisis, como juego o teatro, o como realidad virtual o simulador de vida, se mantenga dentro de ese **como sí** imprescindible para revivir y modificar.

Agreguemos ahora que ese campo del **como sí**, que constituye la transferencia, es también el campo de la contratransferencia; es entonces el campo de las transferencias recíprocas donde, a través del análisis de los puntos de urgencia compartidos en ese vínculo, se procura la metamorfosis de la “doble” interioridad médico-paciente.

En palabras de Chiozza: *“..el tratamiento psicoanalítico, en cuanto configura un encuentro genuino con el psicoanalista, forma una parte trascendental de la vida real del paciente, y, por lo tanto, no todo lo que ocurre durante un psicoanálisis pertenece ni debe ser incluido en el campo teatral o lúdico de la situación analítica. (...) Es precisamente ésta la principal razón por la cual la vida real de paciente y analista se enriquece cuando, en vez de vivirla plenamente, se la reintroduce de una manera mesurada en el campo de la transferencia-contratransferencia”* (Chiozza, 1977d).